

"RECORDANDO LA LIBERTAD DE LOS BOSQUES". YURACARÉS, MISIONES Y ESTADO BOLIVIANO EN LA FRONTERA COCHABAMBINA, 1768-1920

GUSTAVO RODRÍGUEZ OSTRIA*

El Yuracaré en medio de sus hermosos bosques; se cree siempre el primero de los hombres, se muestra así orgulloso, insumiso, insociable, independiente, emprendedor, mentiroso, cruel, insensible, tanto para sí mismo como para los demás, en una palabra, el verdadero tipo salvaje librado a sí mismo.

Alcides D'Orbigny, 1832.

Resumen

En este trabajo se analizan los sucesivos contactos de los Yuracarés con los blancos en el Chapare Tropical. Esa región de tránsito atrajo el interés del blanco por diversos motivos (económicos, religiosos, militares) aunque -a pesar de reiterados intentos- la sociedad nacional no pudo ejercer un dominio completo sobre los grupos nativos hasta las primeras décadas de este siglo.

El Chapare satura hoy por hoy las páginas de la prensa mundial y nacional; pero bolivianos(as) en general y cochabambinos(as) en particular, recién descubrieron masivamente el Chapare en los años 80 de este siglo, lamentablemente merced al despliegue de su arista más perversa: el narcotráfico. Antes que ello ocurriese este basto y húmedo territorio, cuyos primeros atisbos se encuentran a no más de 70 kilómetros de la ciudad de Cochabamba y su núcleo a 160, constituía en el imaginario geográfico local apenas un espacio marginal, frontera de recreo de fin de semana o

Abstract

This paper analyzes the successive contacts between the Yuracarás and the white population of the Chapare Tropical. This transit region attracted the interest of the white people for different reasons (economic, religious and military), and even though the national society tried several times, it could not completely dominate the natives until the first decades of this century.

escenario de fantásticas aventuras de caza o pesca. En todo caso configurando un medio ambiente muy diferente al tradicional habitat *qochala*, marcado por una vida secular y milenaria en valles agrícolas cerealeros circundados de cordilleras y montañas que lo separan de la altiplanicie andina.

Sacándolos de su relativo olvido, la cocaína ha reservado en cambio una condición muy diferente para esta parte de los Andes Orientales, asociándola con la violencia y el dinero negro, y atrayendo como un poderoso magneto a miles de migrantes que huyen de sus despau-

* Historiador boliviano

peradas pertenencias agrícolas o buscan allí un trabajo que les niegan las ciudades. Aunque Cochabamba persiste -peso muerto de la tradición- en denominarse a sí misma como "valluna", en rigor de verdad una enmarañada red, sobre la que tiene visiones ambivalentes, la envuelve cada vez más al destino del húmedo pie de monte chapareño, que los cronistas hispanos empezaron a denominar a fines del siglo XVIII, tras "descubrirlo" para el mundo occidental, como las "*montañas de Yuracarés*". Éxito logrado a un costo notable merced a la paulatina destrucción de los grupos étnicos originarios, la modificación del uso de su ecosistema y la vinculación regional al circuito negro de la economía clandestina.

Constituyendo la pregunta decisiva, casi existencial: ¿dónde va el Chapare?¹, es escasa la atención que se pone en recorrer el contraste histórico que dio lugar a la configuración de este escenario humano y medioambiental. Congruentemente la literatura (económica, agroecológica, antropológica y etnohistórica) actualmente disponible en torno a esta zona se especializa en la búsqueda de alternativas viables y atractivas para las economías campesinas productoras de coca, que arreciaron precisamente con el auge cocainero de los 80 de este siglo y que hicieron de la región un obligado refugio para cerca de trescientas mil personas que giran en torno al cultivo y comercialización de la

hoja de coca. Y, sin embargo, la historia del Chapare encierra otras insospechadas claves.

La geografía humana del pasado tiene la virtud que al reconstruir la imagen de una región en un período definido puede servir para explicar la génesis y devenir de la configuración de una situación presente², caracterizada por la presencia de miles y miles de migrantes recientes -quechuas y aimaras- que se han sobrepuesto, disputando territorio y recursos naturales a los originales habitantes del bosque húmedo: los Yuracarés³. Actualmente estos viven, en un número estimado entre las dos mil y tres mil personas⁴, tanto entre el río Chapare y el Ichilo, como entre el Isiboro y el Sécore, que hoy conforma un Parque Nacional. Si la primera zona posee una larga tradición de asentamientos "civilizatorios", unos con fines religiosos y otros con afanes más mundanos; la segunda, en tanto más alejada del núcleo civilizatorio, se conservó prácticamente sin penetraciones hasta hace una década, cuando los colonos quechuas y mestizos irrumpieron en el último reducto Yuracaré para cultivar la apetecida coca⁵.

La historiografía bolivianista posee una rica y sugestiva producción en relación a las cambiantes y fuertemente contradictorias relaciones entre la sociedad criolla posindependentista y los pueblos andinos, básicamente los aimaras, en los siglos XIX y XX⁶.

1. Título de un conocido libro de Blanes, José y Gonzalo Flores (1984), escrito al calor de las primeras investigaciones académicas sobre el Chapare.

2. Ver al respecto Cortez, Claude (1991).

3. Nombre de origen quechua que significa hombres blancos (yuraj=color blanco; caraj=piel), posiblemente por la claridad de su tez, o las frecuentes manchas blancuzcas que les ocasionan enfermedades de la piel.

4. Lamentablemente no existe un solo censo colonial o republicano que permita establecer con un buen grado de veracidad la población Yuracaré. En el siglo XVIII se estimó que abarcaría entre unas ochocientas y dos mil personas. En el siglo XIX, en cambio, se postuló que su número alcanzaba de mil a mil quinientos.

5. Los Yuracarés, no obstante, no cultivan coca y su subsistencia depende de sus sembradíos de maíz, arroz, yuca y plátano. También venden fuerza de trabajo a los colonos quechuas y mestizos de reciente asentamiento en las proximidades del habitat Yuracaré.

6. Para un panorama general del debate historiográfico es útil consultar el segundo número de la revista *Data*, publicada por la Universidad Andina Simón Bolívar y el Instituto de Estudios Andinos y Amazónicos en 1991.

No sucede lo propio con los habitantes del este de los Andes, estos márgenes (*borderlands*) cuya historia aún demanda autores(as)⁷. Los Yuracarés en particular no concitan aún mayor atención⁸.

En este trabajo examinaremos, en razón de su antigüedad y persistencia, los resultados y modos de la confrontación/relación entre los Yuracarés y los sucesivos avances de españoles y criollos que trataron de modificar su modo de ser, vivir y comportarse desde finales del siglo XVIII hasta las dos primeras décadas del siglo XX. Si bien en apariencia nuestro propósito excede los límites de una división convencional y cronológica del siglo XIX, los dos bordes a los que acudimos no son simples complementos referenciales, sino partes indisolubles -origen y desenlace- de un mismo proceso. De ahí la necesidad de tomar la historia Yuracaré en una perspectiva más larga que la meramente decimonónica.

CREANDO UN TERRITORIO

La arqueología y la etnohistoria no han dicho aún su palabra sobre la ocupación prehispánica de esta vasta zona, que comprende un área aproximadamente de dos millones y medio de hectáreas, cuyos límites son por el sur y parte del oeste, la ceja de monte de las últimas estribaciones andinas, por el este el río Ichilo y por el oeste el Sécore. Tres Provincias cochabambinas, Chapare, Tiraque y Carrasco, tienen acceso actualmente a este ecosistema de bosque húmedo tropical, sede de las más importante extensión de cultivos de coca en Bolivia (CIDRE 1989).

La información arqueológica, con tareas pendientes por realizar, habla de contactos al parecer esporádicos entre los pueblos andinos precolombinos y los habitantes de la monta-

ña húmeda. Más adelante los incas, grandes conquistadores al expandirse hacia el actual territorio cochabambino sometiendo a sus primitivos habitantes, se detuvieron en los bordes del bosque húmedo, sin penetrar permanentemente en sus profundidades; posteriormente los españoles, que arribaron a Cochabamba hacia 1570, repitieron casi exactamente la tendencia. Por ello, la información hispana desnuda muy poco sobre los moradores de este espacio que los hombres de su "Majestad Católica" no conocieron ni dominaron. En los mapas, recibe el sugestivo como revelador apelativo de **tierra incógnita**, esto es un territorio de nadie; mejor: de moradores feroces, de "*naciones infieles*", de plantas y animales desconocidos o amenazantes. Los conquistadores avanzaron muy poco sobre los pasos de los incas e, incluso, en algunas partes retrocedieron, tal vez víctimas de su propios prejuicios y miedos para incursionar en una tierra muy diferente a la que conocían y creían dominar. La espesura del bosque y el caudal agresivo de los ríos, parecen haberlos vencido irremediablemente. Silencio prologando, apenas roto por el recuento atemorizado de las esporádicas incursiones de los grupos indígenas genéricamente designados como Yuracarés y Raches contra los cicales establecidos en el pie de monte (yungas) de Totora (Renard-Casvits et al. 1988).

En Pocona, frontera sud-oeste de la región Charca, los españoles lograron más o menos rápidamente rearticular los cultivos prehispánicos (y quizá preincaicos), primero bajo la forma de encomiendas y luego, a mediados del siglo XVI, con el concurso de "chacaras" privadas. Una sangrienta revuelta de los indígenas del bosque en 1680 cerró transitoriamente este ciclo expansivo (Meruvia 1993).

Desde 1765 en adelante tres factores confluyeron para otorgar un nuevo destino a esta región que se encuadra en el eje de los actuales Puerto

7. Una sentida y sensata demanda de investigaciones del impacto de las nuevas repúblicas sobre las sociedades indígenas esparcidas en las últimas estribaciones de la cordillera oriental se halla en Saignes (1986:173-203).

8. La excepción es el trabajo de Kelm (1966).

Villaroel, Chimoré y Villa Tunari, pivotes de la producción cocalera desde hace una década. Consecuentemente el flujo documental, evidencia de la atención que ahora atrae la región, se incrementa notoriamente, destacando a nuestra mirada la historia de sus habitantes, su relación con el medio ambiente y con las sociedades que desde afuera van a empezar a incursionar en su hábitat.

Uno de los factores aludidos puede reputarse enteramente fortuito a la dinámica de la región chapareña, pues fue derivado de la necesidad de encontrar un camino rápido para transportar tropas hasta Mojos, invadido por las fuerzas portuguesas. Cruzar el incógnito territorio en un par de semanas -siete días de navegación y otros tantos por tierra- parecía más seguro y rápido que utilizar el antiguo camino por Santa Cruz-Puerto de Pailas, que demoraba por lo menos tres veces más. Además, estaba el incentivo de contar con los alimentos: sal, harina de trigo, papas, que la bien provista agricultura de Cochabamba podría proveer a las misiones de Moxos. Tres expediciones, amparadas en las informaciones recogidas en los pueblos de Tiraque y Pocona, fronterizos con Yuracarés, relativos al antiguo camino de los "Raches" que los jesuitas habrían descubierto hacia 1741, corrieron entre 1765 y 1769, una de ellas financiada por Baltazar Peramas, el nuevo hacendado y potentado cocalero de Totora⁹.

A estos fines estrictamente militares se sumó, como segundo factor, la expulsión por Real Decreto del 27 de febrero de 1767 de los jesuitas de las "reducciones" de Moxos posibilitando que otras ordenes religiosas irrumpieran en un espacio hasta entonces reservado a estos

conversores. El tercer y decisivo factor proviene de la agresiva política fiscal y económica de los reformistas borbónicos, entre ellos el Intendente Francisco de Viedma. Representante de los nuevos reyes españoles, que sucedieron a los Habsburgos, el funcionario se empeñó en encontrar nuevas fuentes de riqueza en sus reinos dinamizando, entre otras medidas, la explotación de los recursos humanos y naturales de la Provincia que tenía ahora a su cargo.

Tras ser "descubierto" por la mirada occidental y cristiana la primera experiencia la instaló, en 1775, el sacerdote recoleto Marcos de San José Menéndez, bajo el denominativo de Asunción, sobre el río Coni, juntas del río Chaparé¹⁰. Años más tarde, al finalizar los 80, siguieron otras misiones, como San Carlos y Coni¹¹. Viedma, a su vez, usando fondos del Tesoro cochabambino y los productos de la venta de reses donadas por piadosos vallegrandinos, apoyó firmemente a los misioneros franciscanos asentados desde 1790 en el Convento de Tarata en el corazón del valle cerealero cochabambino, quienes ingresando desde Totora por los Yungas de Chuquioma fundaron en 1797 la Misión de San Francisco del Mamoré y transformaron asimismo la alicaída misión del Coni en la de "san Josef de la Vista Alegre del Chimoré"¹².

La experiencia misional, que con altibajos se prolongaría en su primera fase por cerca de ochenta años, constituyó un primer contacto sistemático y prolongado entre segmentos de la sociedad colonial y los indígenas Yuracarés, conocidos conjuntamente con otros grupos étnicos del bosque tropical bajo el nombre genérico de "chunchus" en los primeros momentos de la colonización española del oriente boliviano al finalizar el siglo XVI. Su

9. "Testimonio del expediente formado sobre la inspección de caminos, para las misiones de Mojos, intentada por Balthazar Peramas". ANB (Sucre). Colección Moxos y Chiquitos, 1765.

10. Una información detallada de los procedimientos misionales en: De la Fuente, 1994.

11. Tadeo Haenke (1974) que exploró esta zona en 1796 describió esta última misión.

12. "Señor Gobernador Intendente de Cochabamba en su oficio informe de 16 de enero de 1797". AGN, Sala IX 34.1.1.

escasa visibilidad para los funcionarios hispanos civiles, militares o religiosos, reflejo a su vez de sus esporádicos vínculos con estos, impide, por falta de material documental, trazar detalladamente su derrotero una vez que el andamiaje conquistador empezó a apoderarse de su habitat y a reclamar su fuerza de trabajo para sus aventuras económicas y evangelizadoras. No obstante puede advertirse que las tácitas fronteras que con su andar itinerante de caza, pesca y recolección, los separaba de otros grupos étnicos como los chiriguano, coincidían con una segmentación natural (arcifinia) entre el bosque de las lluvias subandinas permanentemente verde y el de la montaña solamente verde en verano, que se extiende al sud, hacia lo que hoy es el departamento de Santa Cruz y donde no fructifica la coca ni la palma de chonta, apetecidas por los Yuracarés.

A fines del siglo XVII, la consolidación de un núcleo español precisamente en Santa Cruz y la incursión misional en Moxos y Chiquitos presuntamente obligaron a los Yuracarés (perseguidos por los cazadores de esclavos para venderlos a los hacendados cruceños u hostigados por otros grupos étnicos quienes comisionados por los frailes jesuitas, hacían frecuentes correrías para capturarlos y llevarlos hasta lejanas misiones) a huir hacia lo más espeso del bosque húmedo. Refugio seguro, tras la cortina de la "entrada imposible" que detiene a los españoles quienes luego de cruzar la cordillera desde Cochabamba, pretenderan vanamente ingresar en el bosque húmedo del actual Chapare, hasta 1768 que se abre bruscamente a la influencia misional/hacendal.

El "descubrimiento" produjo otras consecuencias pues paralelamente al establecimiento de las misiones, el maestro de campo y teniente general español, Baltazar de Peramáz y Guarro, favorecido por la expulsión de los jesuitas, corona hacia 1780 sus esfuerzos, iniciados en la década de los 60 de (re)establecer cicales en los "Yungas de Chuquioma". Su

propio yerno Felipe Santiago Soriano, compró los Yungas de Mamoré e implantó en ellos trabajos cocaleros. Desdeñando Pococa, centro de la primera fase de la explotación cocalera en las "montañas reales de Mojos", Peramáz y su familia se establecieron en el pueblo de Totorá, el que, con fluctuaciones, servirá de polo distribuidor de la fabulosa hoja y de residencia de sus acaudalados propietarios. En 1791 se estimó que en "yunga" de Chuquioma existían no menos de 210 establecimientos, con una producción anual de diez mil cestos de coca.

La demanda de coca, necesaria para solventar el buen trabajo minero en las frías latitudes potosinas, atrajo igualmente a los especuladores e inversionistas hacia los recientemente "descubiertos" yungas de Yuracarés. En su ilustrativa Descripción Geográfica de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra, escrita hacia 1788, Francisco de Viedma refiere que:

La fertilidad que ofrecen aquellos terrenos es de consideración y esto ha movido a muchos vecinos de esta ciudad y valle de Cliza, arrostrando los peligros del camino a establecer haciendas de cicales. Actualmente hay cincuenta y dos, bien que las más de corta extensión, pues son unos reducidos pedazos de tierra; alguna otra tiene distinto fundamento. (Viedma [1788] 1969: 135).

Intentos que tuvieron como espacios de acción a Espíritu Santo, Itiri Pampa, Palmar, Corani, de los cuales no hay evidencias serias de su explotación prehispánica y que se encuentran, a diferencia de los de Chuquioma, en el radio de influencia de la ciudad de Cochabamba y el pueblo de Sacaba, enclavado a no más de doce kilómetros de la ciudad de Cochabamba en una importante región triguera que linda con la cordillera, a cuyo pie se ofrece el territorio Yuracaré.

CONVERSORES DE ALMAS Y MERCANCIAS

Cristianismo y productos agrícolas: deseados bienes para salvar almas y cuerpos. Para calzar estos "nobles" fines los misioneros franciscanos buscaron en Yuracarés reproducir modelos organizativos largamente experimentados por los evangelizadores hispanos en Moxos, Chiquitos y el Paraguay. Bajo esa lógica se empeñaron, con resultados a la postre dudosos, en cristianizar a los "neófitos", imagen perfecta en su acervo mental de lo despiadadamente salvaje y demoníaco. No sólo importaba la salvación eterna, pues las misiones fueron igualmente concebidas, con un énfasis notable por Francisco de Viedma, como puntales de la reconversión económica que los ilustrados Intendentes borbónicos se empeñaban en esparcir en las colonias hispanas.

Viedma intuyó correctamente el rol que estos territorios de bosque húmedo podrían jugar aliviando el déficit comercial cochabambino produciendo aquellos bienes que la región importaba, dejando incluso un saldo para la exportación. Bajo este cometido; sostiene una entendida:

La frontera tropical del Alto Perú iba a ser convertida en la fuente principal de todos los bienes de consumo agrícolas que eran tradicionalmente

importados desde tierras lejanas (Larson 1992: 301).

Con las misiones de los franciscanos, conversores penitenciales por excelencia, como núcleo irradiador, las tierras bajas que se prolongaban desde el pie de monte cochabambino podrían ser colonizadas por ávidos terratenientes que arriesgaran sus fondos en la agricultura de plantación. Aunque Viedma no proveyó de un plan preciso para ello, el Intendente suponía que estos cultivos podrían ser sustentados por fuerza de trabajo sobrante y campesinos sin tierra de los sobrepoblados valles cerealeros cochabambinos, ofreciendo una válvula de escape capaz de reducir la presión a una de las causas potenciales de conflicto social en la región.

"Preciosos frutos", como el algodón¹³, usado abundantamente en la confección de textiles por las hilanderas locales, y el cacao¹⁴, un producto de elevada demanda en tierras coloniales importado de Guayaquil y Caracas, concitaron el mayor esfuerzo. Junto a ellos se sembraron platanales, papayos, naranjos, limoneros y caña de azúcar¹⁵. También se pensó en la coca "*un comercio que traería muchas ventajas*" y "*evitaría la pérdida anual de 98.000 pesos cambiados por unos 14.000 cestos de coca importada de (los) Yungas de La Paz*"¹⁶, pero no hay certeza que se la cultivara finalmente en las reducciones salvo en la de "La Asunción" con semilla traída

13. Al parecer la semilla de algodón traída de la costa peruana, de la zona de Monquegua, no dio buenos resultados.

14. El cacao produjo más de una fricción con las autoridades de Moxos, región que pretendía el monopolio de su cultivo.

15. "El Gobernador Intendente de Cochabamba, sobre las nuevas reducciones de los indios Yuracarés, Solostros y otros". AGN, Tribunales. Leg. 131, Exp. 21, 1794.

16. "Instrucción dada a Dn. Ygnacio Perez para la visita de la reducción de indios Yuracarés". Archivo Prefectural de Cochabamba, 1799.

de los “yungas” de la Paz¹⁷, quedando principalmente a cargo de hacendados oriundos del valle cerealero de Cliza (Cocha-bamba), establecer su sembrío.

No obstante, pese a sus empeños las misiones no pudieron alcanzar su deseo de autoabastecerse y continuaron dependiendo para su funcionamiento de los aleatorios donativos fiscales y del aporte económico de los religiosos franciscanos junto a la caza y la pesca de los “neófitos” Yuracaré, cuyo número se estimaba entre unas ochocientas y novecientas familias, la gran mayoría de ellas fuera del alcance de la normatividad misiona¹⁸.

Los pueblos franciscanos, configurados en la clásica forma de damero, agruparon a menudo a clanes Yuracaré rivales o que al menos no mantenían ni relaciones de parentesco ni reciprocidad previas, lo que generaba fricciones y molestias para un grupo humano acostumbrado al aislamiento y agrupado en torno a una familia extensa de ocho a diez unidades que compartían un territorio pero no la vivienda. Contrariando los deseos misionales de aglutinar, con fines económicos y evangelizadores, la mayor cantidad posible de feligreses, los indígenas preferían en cambio dividirse lo más posible, demandando “*vivir solas con un padre*”¹⁹.

Los franciscanos organizaron por otra parte las misiones en torno al aprendizaje escolar y de relatos bíblicos regulados por rígidos discursos cargados de fuerza y amenazas, contradictorios con la religiosidad mítica

indígena. Ella estaba basada en deidades representantes del sol, el fuego y la luna y exaltaba un panteón no jerárquico capaz de reproducir y facilitar la relación simbiótica y generosa Yuracaré-naturaleza.

Los conversores trataron además de imponer una serie agrícola intensiva que obligaba a la inmovilidad a los Yuracaré. Confinados a los estrechos límites de la circunscripción misional, éstos se hallaron imposibilitados de recolectar de febrero a junio el **tembé** -fruto aceitoso de una palmera con el que se alimentaban y elaboraban chicha²⁰- y cuya época de maduración la consideraban sagrada, propicia por consiguiente para fiestas y borracheras rituales, en las cuales el grupo se cohesionaba al relacionarse con las fuerzas sobrenaturales²¹. Los resultados de la caza, por su lado, se imbricaban con el sistema de jerarquía y de mando indígena puesto que los hombres más habilidosos y conocedores eran los más respetados. Al prohibirse o disminuir la frecuencia e importancia de la caza en beneficio de la agricultura, este norte de estructuración social quedaba amenazado. Lo mismo sucedía con el modo ancestral de resolver desavenencias y rencores. Los Yuracaré acudían al duelo de flecha -algo así como el **tinku** en las comunidades andinas- para minimizar los riesgos del conflicto abierto. Honor y poder solían depender del número de cicatrices de duelos²²; práctica “bárbara” que los penitentes conversores cristianos combatían.

17. Reducción de Yuracaré inmediatas a Mojos y Cochabamba. Mocetenes Indios. Mojos y su Comunicación. Julio de 1804. Colección Mata Linares. RAH (Madrid), Tomo 76.

18. Ver Santamaría 1987, para una comparación con otras misiones existentes en suelo Altoperuano.

19. Soto, La Cueva et al.: Documentos Relativos a las Antiguas Misiones entre los Yuracaré. *Archivo de la Comisaría Franciscana*, 45:279-286. Tarata, 1912.

20. Bebida alcohólica, hecha también de maíz o yuca.

21. Nordenskjöld, Erland: “Indianer und Weisse”, pp. 30. Fotocopia en la Biblioteca Etnológica de la UCB que no indica procedencia.

22. Von Holten, Herman: “Das land der yurakarer und dessen Bewohner” para una narración decimonónica (1876) del duelo de flecha; práctica hoy casi desaparecida.

Frecuentemente mal asentadas y socorridas por sacerdotes que desconocían el medio ambiente, las misiones violentaron por otra parte el balance alimenticio indígena, pues las posibilidades de la caza y la pesca -base de su dieta- se fueron restringiendo por la presión emanada de la permanencia en un mismo sitio de decenas de personas (Paz *et al.* 1989). En cambio, como grupo humano de arraigadas características nómadas, los Yuracarés:

cada dos años abandonan sus casas argumentando que se acabó la caza o árboles (...) eligen un día (...) y guiados por el jefe de familia, hermanos, yernos e hijos parten a un tiempo con las mujeres que cargan enseres (...). En pocos días derrivan los árboles, construyen sus casas, siembran las plantas (...) y mientras aguardan que fructifiquen, aprovechan de la abundante caza (...) en tanto que las mujeres hacen cocer el fruto del tembé y fabrican con él la chicha. Pronto el maíz, la yuca y más tarde los bananeros dan sus productos y reemplazan al tembé y a la caza. (D'Orbigny 1945:1412).

La política de asentamiento de los pueblos misionales bloqueaba además la comunicación entre los Yuracarés, quienes durante sus frecuentes migraciones conversaban y afirmaban su memoria grupal. *Es allí donde se cuentan de sus antepasados, su origen, sitios que habitaron, sufrimientos de sus parientes, etc.*²³.

Bajo el imperio de estas condiciones que amenazaban su estilo de vida en su globalidad y oscurecían las fuentes de su sistema político, los Yuracarés no se adaptaron a la disciplina misional, a su poder centralizado y, contrastando las severas restricciones personales y alimenticias, *"aborrecieron la vida presente con la memoria de la pasada abundancia"*.

Frecuentemente abandonaban las misiones, cumpliendo su ancestral calendario ritual anual para recoger tembé o cazar y pescar²⁴. O trabajaban a desgano -actitud que los sacerdotes confunden abusivamente con la flojera²⁵ o, al parecer frecuentemente, recurrían al sabotaje. Arma de los débiles que, por ejemplo, en 1798 en la misión de San José de Vista Alegre del Chimoré, operó del siguiente modo:

*Continuaba el P. Comisario en su brega con la pereza bárbara. Estos recibieron orden de limpiar los chacos, pero luego notó que disimuladamente destruyeron los plantíos, arrancando las plantas de cacao y algodón*²⁶.

Levantaban igualmente su voz en defensa de sus dioses, rechazando las prédicas franciscanas en favor de una única divinidad²⁷. En 1818, por ejemplo, enrostraron a sus impertérritos conversores.

Qué derecho tiene Dios para imponernos su ley y no permitirnos que vivamos en donde y como queramos? Si Dios es tan bueno, y nos ama tanto, como nos dice el Padre

23. D'Orbigny 1945: 1414.

24. La Cueva, Francisco: Las regiones Yuracarés. *Archivo de la Comisaría Franciscana*, 20:442-417. Tarata, 1918.

25. También Viedma describió a los Yuracarés como de "buena presencia y robustez, pero muy flojos y haraganes". *Descripción...* p. 136.

26. Priewasser, Wolfgang. "Alrededor de dos épocas". *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, 130: 503-515. Tarata, 1919.

27. Similares prácticas discursivas se presentaron en otros pueblos indígenas sometidos al régimen colonial. Ver Pinto Rodríguez, Jorge 1993: 677-698.

¿porqué no viene a vivir entre nosotros, y trae en abundancia cuchillos, hachitas y demás herramientas y lo que necesitamos? y creeremos en El²⁸.

Sin posibilidades de estabilizarse soportando la resistencia de los indígenas, a principios del siglo XIX las tres misiones existentes se encontraron a punto de desbandarse. Para 1805 la Reducción de la Asunta se hallaba desde hacía dos años sin sacerdote, con sus edificios derruidos, mientras *"los indios abandonados se habían dedicado de nuevo a sus antiguas vagancias y vicios"*. Por su parte en la misión de San José de la Vista Alegre (Chimoré), compuesta de 70 familias y en la de San Francisco del Mamoré (Yrusti) de 56 familias, se incubaba el descontento. Asustados frente a rumores de nuevas obligaciones y mayores recortes a su movilidad, los Yuracarés comenzaron a huir a los bosques. El "despueblo" final se inició el 29 marzo de 1805 en la misión de San Francisco cuando los indígenas luego de matar a un criado, incendiar y saquear la iglesia y las casas de los misioneros, se refugiaron en la espesura húmeda. Poco después se abandonó la misión del Chimoré²⁹.

Los franciscanos, acusados por las autoridades españolas, principalmente por el Intendente Francisco Viedma, de ser autores de esta masiva fuga con sus *"malos tratos"* y el *"empeño de prohibirles salir a sus cazas"*, respondieron a su vez descargando toda la responsabilidad en los *"neófitos"* a quienes *"se le hiba a mano su embriaguez no queriendo ni correcciones ni castigos"*. Si hubo escasez de alimento obedeció a la *"increíble desidia y horror al trabajo"* de una

"nación de naturaleza haragana y desidiosa" que chocaba con la *"vida ordenada"* y sedentaria que los franciscanos aspiraban imponer. En comunicación constante *"con el resto de su nación que vivía en los bosques gozando de la falsa libertad, entregada a sus brutales constumbres y no raras veces á la dirección de sus brujos"*, los Yuracarés cristianizados ansiaban retornar a su antiguo modo de ser³⁰.

Tras la huida se constató, a fines de 1805, que las tres misiones continuaban sin funcionar. La de Asunción retomada por el bosque, la de San José absolutamente desierta, y finalmente, la de San Francisco de Asís, con sus muebles reducidos a cenizas y los plantíos inundados de maleza³¹.

Hastados los sacerdotes Soto y De la Cueva, meses antes -mayo- llegaron a proponer una salida militar para su frustración conversora. Usando *"indios flecheros"* de origen chiriguano establecidos en las misiones de Buena Vista, San Carlos o Porongo que *"en otros tiempos han sujetado y casi destruido a los Yuracarés"* sacarían por la fuerza a los reacios habitantes de los *"bosques interminables (para) repartirlos en los pueblos de Chiquitos, ocupando despues sus terrenos (...) tantas gentes pobres como hay por acá afuera"*³².

La expedición punitiva no se concretó finalmente y a principios del año siguiente, aprovechando que los Yuracarés *"estaban (nuevamente) en uno de sus achaques pasajeros de vida misionera"*, pudieron los franciscanos abrir dos nuevas reducciones distantes a unas siete leguas de la abandonada

28. Priewasser, Wolfgang. "Alrededor de dos épocas". *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, 139: 178-180. Tarata, 1920.

29. Priewasser, Wolfgang. *Ibid*, pp. 503-515.

30. Priewasser, Wolfgang. "Alrededor de dos épocas". *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, 130: 503. Tarata, 1919.

31. *Ibid*. No. 132: 581-602. Tarata, 1919.

32. "Soto y De La Cueva a Francisco de Viedma", Cochabamba 8 de mayo de 1805. AGN. Intendencia de Cochabamba, 1806-1808. Sala IX 5.9.1.

de San José, denominadas a su vez como Ypachimucu y San Antonio. Separadas apenas por el río Chapare (una legua), estas se conformaron con los habitantes de las tres derruidas misiones. En la primera de ellas a mediados de 1806 moraban 217 almas (54 familias) y en la segunda 106 personas (28 familias). Un año más tarde San José volvió también a la actividad con 17 familias.

No hay señales claras de que las misiones fructificaran más adelante. Para ellas las dificultades se hicieron mayores cuando el estallido de las luchas independentistas en el Alto Perú, que se prolongaron desde 1810 hasta 1825, complicó aún más el aprovisionamiento de recursos económicos para sus actividades y sustrajo interés gubernamental a sus esfuerzos, insostenibles por otra parte con sus magros resultados.

*Existe siempre el temor de una nueva dispersión. El erario continuamente mezquino, niega los dineros más indispensables, dejando al misionero sin recursos, sin prestigio ante los indios, hastiado, aburrido y corrido*³³.

José María Bozo, un abogado oriundo de Santa Cruz de la Sierra que, huyendo de los "males espantosos" de la guerra independentista, se refugió entre 1814 y 1816 en las "montañas donde habitan los barbaros Yuracarés" advirtió que subsistían dos misiones

muy próximas entre sí, con menos de doscientas almas en su haber³⁴. Por su parte el celoso conversor P. Lacueva, Comisario Prefecto de Misiones, menciona en 1820 a quinientos habitantes, de los mil que se estima que tenía en total la "nación Yuracaré". Tres años más adelante -casi en víspera de la independencia boliviana (1825)- los sacerdotes decidieron abandonarlas y con ella la "ingrata, casi estéril" tarea de conversión.

Desde 1796 habían desaparecido seis reducciones y ya no se esperaba más en el Convento franciscano de Tarata la conversión de los Yuracarés. Treinta años de iniciada la "conquista de esta nación", afirmaría La Cueva en una carta al Arzobispo de Charcas fechada en 1820, lo convencieron plenamente de que los habitantes del bosque húmedo eran:

*unos salvajes estúpidos, una gente que anda errante por estos bosques inmensos, sin leyes, sin culto, sin templo, sin sacrificios, sin Dios, sin saber de donde han venido, ni para que fin están en este mundo ni a donde han de ir a parar despues de esta vida*³⁵.

Panorama deprimente que se completaba con la ruina de los establecimientos cocaleros de los Yungas del Palmar, establecidos durante la administración Viedma por "pudientes" vecinos de Cochabamba y Totora³⁶.

33. Priewasser, Wolfgang. "Alrededor de dos épocas". *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, 130:339-340. Tarata, 1920.

34. "Viaje hecho al Partido de Larecaja por el Dr. José María Borda". En Valdizán Hermilio y Angel Moscoso (comp.): *La Medicina Popular Peruana*. Lima, Imp. Torres Aguirre, 1922: 348. También: "José María Bozo acredita sus grados, ejercicios literarios y lo mucho que sufrió en su emigración a las montañas de los indios Yuracarés". La Paz, 15 de noviembre de 1816. AGI (Sevilla), Lima, Leg. 1018B.

35. Priewasser, Wolfgang. "Alrededor de dos épocas". En: *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, 130: 339-340. Tarata, 1920.

36. "Relación del Padre Boria". *El Heraldo* (Cochabamba), 20 de octubre de 1897. El Padre Boria escribió estas notas en 1820, tras una experiencia de doce años de misionero entre los Yuracarés.

LA REPUBLICA TAMBIEN FRACASA

Por lo expuesto precedentemente, un cotejo de la experiencia misionera de fines del siglo XVIII en Yuracaré destacaría, en el preciso año que Bolivia adquiriría su independencia de España, muchos más sinsabores que éxitos y alegrías. De este modo la frontera agrícola cochabambina no lograría en este primer intento ser definitivamente ampliada uniendo los valles cerealeros y las laderas paperas con el bosque húmedo, quedando circunscripta luego de la momentánea expansión misional, a los mismos límites que los colonizadores ibéricos encontraron al incursionar por primera vez en esta región allá por 1570.

No obstante, y pese a lo afirmado precedentemente, lo rescatable es la existencia de procesos de grandes consecuencias posteriores en el manejo de la región. Por un lado, está la recopilación de información, tanto en su lado físico como humano. Pero mucho más importante es el cambio en la **geografía mental** en los grupos criollos en relación a ella. "Yuracares", pese a las múltiples incógnitas que todavía encerraban, empezarán en lo sucesivo a adquirir un rol en las expectativas de impulsar la economía regional. Los esfuerzos gubernamentales, religiosos y privados dieciochescos habían dejado una agenda pendiente que, sin necesidad de recurrir a extremos, podríamos sintetizar en dos objetivos:

a) aprovecharla, tal como ya había sugerido e intentado el Intendente Viedma, para cultivar y obtener productos "de clima cálido", muy diferentes a los que se podían conseguir en los templados valles cerealeros, núcleo económico del ahora departamento (provincia) de Cochabamba;

b) usarla como un lugar de tránsito para conectar Cochabamba con las tierras de Moxos, anteriormente conectadas únicamente desde Santa Cruz por intermedio del puerto de Cuatro Ojos.

Creada la república boliviana en 1825, el proyecto de vinculación caminera con Moxos se reanimó. En el intento más notable (y publicitado) en 1832 el francés Alcides D'Orbigny cruzó por dos veces los territorios de la nación de los Yuracaré demostrando la posibilidad de llegar a Moxos en menos de dos semanas. El científico dejó en su obra, "Viaje a la América Meridional" una completa encuesta etnográfica de este grupo étnico en la que advierte que los Yuracaré mantenían tenues contactos con comerciantes cochabambinos, con quienes traficaban con peines, animales salvajes y plumas, recibiendo a cambio hachas, machetes y cuchillos. Herencia franciscana, la cultura del hierro - el Yuracaré que no tiene cuarenta hachas se considera pobre- había invadido, como también se verificó entre otros habitantes del bosque³⁷, una cultura material antes dominada por la madera dura de corazón de palmera (*chonta*) (D'Orbigny 1945:1614). No obstante, estos vínculos no impedían que los Yuracaré continuaran con la vida del bosque logrando reproducirse, libres de las Reducciones, bajo el cobijo de su ethos tradicional y su economía itinerante de recolección, caza y pesca. D'Orbigny advirtió rápidamente que este comportamiento secular conspiraría contra los planes estatales de establecer una ruta comercial hasta Mojos (Beni) y usar ventajosamente a esta "*tierra de promisión*" con propósitos productivos. El éxito de su plan dependía de reunir a los Yuracaré en un pueblo-puerto "*para facilitar el tránsito*", "*cosa imposible por ser ellos*

37. El antropólogo Alfred Métraux (1943:73), autor de importantes estudios sobre los grupos étnicos selvícolas habitantes de lo que hoy es Bolivia, llegó a comparar la obsesión indígena por el hierro con la de los españoles por el oro. Para un caso similar entre los Chiquitos, etnia de las provincias del oeste del Santa Cruz, ver Krekeler (1993: 158-161).

demasiado sobervios". Para superar el obstáculo el francés postulaba -en un giro que recuerda cierta intencionalidad ya advertida entre los franciscanos a fines del siglo XVIII, aunque nunca implementada- "*llevar algunas familias de Mojos para mezclar con ellos y sujetarlos*"³⁸.

La recomendación no se cumpliría por el momento, concentrándose la atención gubernamental en consolidar en la región un camino estable. Así, pocos años más tarde, el presidente José Ballivián obnubilado por dar una salida por el Amazonas a la cerrazón de las breñas andinas que hacían a Bolivia un prisionero incómodo de los puertos del Pacífico³⁹, envió en 1839 a Manuel Ponferrada y en 1844 a los tenientes Mariano Mujía y Juan Ondarza, a recorrer las tupidas selvas de Yuracaré y Moxos para que buscaran una manera rápida, segura y barata de vincular Mojos con Cochabamba. Los militares aunque dejaron valiosos estudios que orientaron acciones futuras, no vieron que sus propósitos camineros logaran materializarse adecuadamente.

Ballivián completó su ideario creando en 1842 el departamento de Beni, en base a los territorios de las ex-misiones de Caupolicán, Mojos y Yuracaré. La administración de este último territorio, ya complejo de por sí por las características de sus habitantes y su difícil acceso, empeoró con la decisión oficial. Hacia 1850 el prefecto beniano, José Matías Carrasco, profundo conocedor de la zona,

anotaba su desdoblamiento calculando que de los mil quinientos Yuracarés existentes en las postrimerías coloniales, restaban -bajo vigilancia oficial- apenas trescientos, divididos en "*cuatro pequeñas rancherías*" pues tras la desaparición de las poblaciones misionales de San Antonio, Pachimoco, Coni, Todos Santos e Ilibolo, las tribus se adentraron en el bosque.

Carrasco, desechando la posibilidad de acudir a los mojeños (como años atrás sugiriera D'Orbigny) demandó la organización de una penitenciaria y una colonia militar, unida a la generosa adjudicación de tierras "*a particulares*"⁴⁰. El gobierno boliviano prefirió más bien una vía convencional. Anotando que en 1853 el padre José Pujdengolas, que permanecía en la región desde 1842, "*desesperado de no sacar ningún fruto religioso*" se retiró al convento de Salta⁴¹ el 20 de junio de 1854 a solicitud del conversor de Guarayos (Santa Cruz), fray José Cors, autorizó la fundación de dos misiones. Asimismo autorizó "*sacar*" de Mojos a dieciséis familias de artesanos, herreros, carpinteros, tejedores, etc. para que "*enseñen estas artes a los naturales de Yuracaré*"⁴².

La nueva experiencia chocó empero con viejos problemas. Las cartas de los sacerdotes destinados a San Juan Bautista del Coni y Chimoré consignan entre 1855 y 1856 las ya consabidas quejas por el "*cimarronaje y pereza*", "*embriaguez, inercia y deshonestidad*" y preferencia a vivir en el monte y no en los pueblos que ostentaban los Yuracaré⁴³.

38. D'Orbigny, Alcides. "Participación al Supremo Gobierno sobre la comisión que me confirió de abrir nuevas comunicaciones con Mojos", 25 de agosto de 1832. *El Restaurador* (Sucre), 12 de septiembre de 1842.

39. Sobre este punto ver el notable libro de Groff Greever (1987).

40. Carta del 9 de junio de 1851, dirigida al Ministro del Interior, transcrita en Limpías (1942: 97-99).

41. "Senda abierta desde el Chimoré hasta Bandiola por el R.P. Frai José María Izquierdo". Cochabamba, Imp. de la Restauración. p. 6.

42. Ibid, pp. 123-124.

43. Las cartas se transcribieron en la *Crónica Guaraya* editada en 1917 por los jesuitas en Yotaú, chaco boliviano. Nos. 20 y 21, pp. 151-157.

En 1859 los insatisfechos conversores abandonaron su empeño y se retiraron al convento de Guarayos.

Un informe del Ministerio del Interior y Culto de ese mismo año, lamenta:

Y nunca pudieron conseguir a esa pequeña tribu a la vida religiosa y social, pues los mismos obstáculos que se presentaron ahora noventa años atrás, se ofrecen hoy como son. El retirase al monte todas las veces que se les antoja (...) el de no querer tender el trabajo, sino a su estilo (...) el de no querer dedicarse a la producción de cacao, café, arroz y algodón, que con tanta abundancia produciría⁴⁴.

Situación que corrobora en 1873 un explorador al dar cuenta que los pobladores de Chimoré, asolado por la viruela, y Coni, “*se hallan diseminados en la montaña*” y “*carecen de pastor*” (Aguirre 1873:3). El uso de la ruta comercial, sin embargo, persistía y se mantenía un escaso tráfico comercial con el Beni, mediante el puerto de Santa Rosa. Los Yuracarés, de acuerdo con un reporte de inicios de los 80 trabajan como jornaleros para los escasos agricultores que se aventuran en el bosque, otros sirven de marineros para las embarcaciones que van o vienen del Beni. La mayor parte, sin embargo, persistía en sus antiguas prácticas de supervivencia, pescando, cazando, recolectando frutas y sembrando esporádicamente maíz y yuca para elaborar chicha. Su número, diezmado por la sarna y la viruela, se aproxima a los mil quinientos esparcidos en ocho a nueve “ranchos” en torno a los ríos Mamoré, Chimoré y Sécore (Cardus 1886: 280). Mientras tanto, en Espíritu Santo,

en las hondonadas del pie de monte, los cultivos de coca sobrevivían en un estado primitivo, según pudo constatar en 1876 un comerciante alemán vecindado en la ciudad de Cochabamba (Von Holten 1890). Veinte años adelante, en las zonas yungeñas de los cantones de Tablas y Mendoza de la Provincia Chapare, el cultivo de coca continuaba sin desarrollarse ampliamente, ni en técnica ni en superficie cultivada⁴⁵. El panorama distaba pues mucho de aproximarse a lo que los quiméricos sueños de Viedma habían bosquejado poco menos de un siglo atrás, para capturar la región y sus habitantes en beneficio de la vallada cochabambina.

UNA PLAGA DE CAMINEROS

Al finalizar la centuria pasada, Cochabamba confrontaba una adversa situación. Los tratados comerciales que Chile arrancó a su favor tras vencer en la guerra de 1879, las políticas liberales de apertura al mercado mundial, sumados a la revolución en los precios del transporte ocasionados por el ferrocarril que los grandes propietarios mineros y prominentes políticos decidieron tender entre la costa del Pacífico (Antofagasta) y Oruro, crisparon su agricultura cerealera. Los mercados altiplánicos y mineros, con los que la región comerciaba desde más de tres siglos, se perdieron en manos de productos extranjeros. Una aguda preocupación cundió entonces entre los acosados hacendados y comerciantes locales, quienes demandaron esfuerzos por recuperar las plazas mercantiles capturadas y abrir otras para su provecho⁴⁶. Al percatarse de la

44. ANB. MC. T. 2 No. 7, 1859 . ff. 3.

45. Rafael Tejada: “Informe de la Comisión Rectificadora del Catastro de la Provincia del Chapare por el exrectificador”. Imprenta del Comercio, Cochabamba, 1895.

46. Hemos tratado detenidamente las consecuencias de este nefasto proceso en otro trabajo (Rodríguez Ostria 1994).

potencialidad que encerraban las tierras benianas donde casualmente se empezaban a desparramar los beneficios -pagados generosamente en libras esterlinas- derivados del auge cauchífero, como nunca antes se las deseó alcanzar ya fuera tomando las rutas de Moletto, Covendo, Chapare, Chimoré o Sécure⁴⁷. Empresa que, sin éxito remarcable, ya se había intentado tanto en las postrimerías de la colonia como a poco de debutar Bolivia como república independiente. En noviembre de 1884, cuando el proceso del desastre de la agricultura cerealera local empezaba a insinuarse, un visionario -J. Braulio Pereira- había escrito:

(...) mientras que Chile nos ha declarado otra guerra mil veces peor, invadiendo con sus productos todos los mercados de Bolivia que antes eran atendidos por Cochabamba, mientras nuestros granos estancados apenas se venden a vil precio; no pensamos en el único puerto de salvación para el país (Cochabamba), no recordamos que somos dueños de un hermoso territorio de proterva feracidad, donde artículos mucho más nobles que los que producimos harían nuestra riqueza; miramos con indiferencia nuestra relaciones con el Beni que, hablando verdad, es el único consumidor que nos resta (...).

Abramos camino cómodo al Chimoré, establezcamos con el Beni que diariamente va creciendo en comercio y necesidades, relaciones más considerables, seamos abaste-

*cedores de los laboriosos ziringueros para dar salida a nuestros productos y conjugar la ruina de nuestras haciendas*⁴⁸.

¿Qué fenómeno contribuía a establecer “precios fabulosos” para los productos cochabambinos en las plazas benianas y alentaba las esperanzas de sus terratenientes?

Hasta 1880 la producción boliviana de goma había sido “sumamente limitada”. Condición en gran parte motivada por el desconocimiento de territorio del Bajo Beni, la zona potencialmente más apta para su extracción, pero virtualmente aislada del resto del país, sustancialmente de las actividades mineras que comandaban su economía. Afortunadamente ese año el médico norteamericano Edwin R. Heath logró desentrañar sus misterios diseñando varios mapas que ayudaron a su posterior colonización. Gracias a ello, el Beni, con el pueblo de Reyes a la cabeza, pudo sobreponerse a Sorata (La Paz) como nudo capitular de la extracción de goma⁴⁹.

Sostenida por los altos precios que el producto lograba en el mercado mundial y su buena receptividad en los mercados británicos, la exportación boliviana creció vigorosamente. Si bien a mediados de los 80, precisamente cuando el cochabambino Braulio Pereira exteriorizaba sus ilusiones de conquistar esta zona para el comercio cochabambino, ya existía una importante actividad cauchífera; sólo al despuntar la próxima década esta alcanzó una mayor escala. En efecto, si en 1890 se la estimaba en apenas 294 toneladas métricas, en 1900 ya había alcanzado a 3.465

47. “Conocida la importancia y las riquezas que encierra el Departamento del Beni, ha sido un anhelo constante de Cochabamba, buscar vías cómodas y fáciles de comunicación para incrementar el comercio entre ambos departamentos” (Saucedo et al.: *Camino al Chimoré por Montepunco*. Totorá, Imprenta de “El Industrial”, 1907).

48. El 14 de septiembre (Cochabamba), 26 de noviembre de 1884. Los paréntesis son nuestros.

49. Sobre la historia de la goma elástica consultar los trabajos de 1990 y 1994. También el pionero trabajo de Valerie Fifer [1970] 1990.

toneladas y en 1913 trepó a la friolera de 5.143 toneladas.

La región sede del nuevo *boom* exportador se hallaba hasta entonces virtualmente despoblada; tanto que a fines de los años 70, justo antes del éxito de Heath, no más de 200 personas trabajaban allí. Por consiguiente fue necesario reclutar (*"enganchar"*) personal para satisfacer la nueva escala que demandaban las labores de recolección y administración en las decenas de *"barracas"* que se instalaron allí. El flujo humano que concitaron fue intenso e inmenso. El prefecto cruceño, Rosendo R. Rojas, estimó, por ejemplo, que atraídos por la promesa de nuevas oportunidades de vida, entre 1890 y 1900 unos ocho mil jornaleros se trasladaron desde Santa Cruz hacia el Beni. Asimismo varios miles de brasileiros se establecieron en el Acre Boliviano y otras prometedoras zonas cauchíferas aledañas (Bieber 1984). Los *"siringeros"* -trabajadores del caucho- habitando territorios con escasos cultivos alimenticios, generaron consiguientemente una importante y sostenida demanda de productos alimenticios que varios departamentos bolivianos -La Paz, Cochabamba y Santa Cruz- limítrofes con la región beneficiada se disputaron arduamente por llenar. Para los cochabambinos el obstáculo más grande para alcanzar esta ansiada meta, por momentos casi insalvable, provenía de una verdadera conspiración de la geografía. A fin de acceder hasta los territorios donde reinaba la goma, sus mercaderes debían salvar inicialmente una escarpada cordillera, luego trasponer los terrenos boscosos del pie de monte, finalmente, como si fuera poco, navegar por desconocidos y caudalosos ríos. Lamentablemente, pese a los denodados intentos realizados a fines de la colonia y del siglo XIX por descubrir la región, carecían de casi

toda experiencia en el manejo de su ecosistema, de mapas que desentrañaran los secretos de su hidrografía y de contactos fluidos y apacibles con los grupos étnicos que habitaban estos enmarañados, húmedos y cálidos territorios. Tampoco entre Cochabamba y las otrora reducciones jesuíticas de Moxos, transformadas en 1842 en el departamento del Beni, habían existido previamente conexiones permanentes, pese a que desde fines del siglo XVIII, como advertimos en su momento, se había buscado denodadamente establecer un camino, tratando de sustituir la largísima ruta por Santa Cruz que duraba casi cuatro meses de difícil y peligroso viaje. Para subsanar así fuera parcialmente estas desventajas, emergió una *"verdadera plaga de camineros"*⁵⁰ que desempolvó viejos proyectos de raigambre colonial y presentó al escrutinio ciudadano otros nuevos, tan audaces como los antiguos. En todos y cada uno, pese a sus diferencias, su plan parecía simple, aunque en la praxis la ejecución resultó sumamente morosa: alcanzar uno de los ríos que se extienden desde el pie de monte cochabambino para de allí navegar hasta Trinidad, capital beniana y llave de acceso a los territorios cauchíferos. El cochabambino y opositor periódico liberal *"El Siglo XX"* resumió en 1895 el sentir regional dejando muy claro que:

*"Este es el gran problema cochabambino (...) todos nuestros recursos materiales (...) todos nuestros esfuerzos deberían dirigirse para la asecusión (sic) de este objetivo que es el desideratum de todo lo que podemos hacer, querer y desear en este momento"*⁵¹.

Un camino -se entendía- coadyuvaría igualmente a comercializar localmente y en las regiones andinas productos traídos del Beni o producidos en las *"montañas de Yuracaré"*. Pensando en sus impactos benéficos y con

50. Expresión del Ingeniero Eugenio Buzonac en su Informe al Prefecto de Cochabamba. *El Herald* (Cochabamba), 18 de julio de 1898.

51. *El Siglo XX* (Cochabamba), 19 de enero de 1895.

renovada esperanza se afirmaba que gracias a ello:

*El mercado de Chochabamba llegaría a ser uno de los mejor surtidos y más baratos. Nacerían nuevas industrias, la del cultivo de algodones, por ejemplo. La extracción de maderas se haría en una mayor proporción (...). Podríamos llenar de frutas tropicales los mercados de Uyuni, Potosí y otras poblaciones del altiplano. El cultivo de arroz, la caña de azúcar, el maíz, lo haríamos en la montaña, ya que el suelo es feraz y las estaciones tienen normalidad que jamás varía. Las corrientes de emigración que se encaminan a las costas del Pacífico, se desviarían a los bosques donde en menos de veinte años, veríamos surgir poblaciones ricas y florecientes.*⁵²

A ojos de los sectores más radicales de la élite local este vuelco de orientación no constituía en mucho una situación meramente coyuntural que habría de pasar luego que la tormenta amainara y se recuperaran con creces los mercados mineros y altiplánicos; por el contrario implicaba “*dar la espalda al Pacífico*”, en un virtual renunciamento a la tradicional adscripción andina de la región, sustituyéndola por una firme vinculación con el mundo amazónico y por su intermedio con Europa⁵³.

Aunque los notables cochabambinos no se hallaban férreamente unidos ni totalmente convencidos de asumir la audaz determinación de unir definitivamente su región a territorios inhóspitos y desconocidos de Yuracaré, sí lo estaban en reconocer la trascendencia de los mercados benianos para remontar la crisis regional y usarlos al máximo⁵⁴.

Solución complicada pero necesaria. De allí que su sostenida presión para que el Gobierno Central apoyara decididamente la colonización del Chapare/Chimoré y construyera una vía permanentemente transitable entre Cochabamba y los puertos pluviales (Santa Rosa o Todos Santos según el período histórico) ubicados sobre los ríos de la cuenca chapareña, se tradujera, en la medida que no se concretaba, en un sordo rencor contra el Estado central que daba cuenta de las continuas frustraciones que tal ineficiente desempeño le provocaba.

Pero junto a un conflicto con el Estado boliviano, siempre carente de recursos y reticente a gastarlos en la periferia regional, máxime en obras que no aumentaban el caudal exportador del país, misión suprema en la que los sucesivos gobiernos se habían embarcado desde principios del presente siglo, el camino habría de despertar fuertes enconos al interior de la propia región cochabambina. Mientras las élites capitalinas y las de los valles cerealeros de Sacaba y Punata pugnaban por un camino bajo su control, usando la vía de Espíritu Santo, los hacendados y propietarios de la importante

52. Corregidor X. *Camino al Chimoré*. Cochabamba, Litografía El Universo, 1906.

53. Mendoza, Simón y Rigoberto: *Exploración a Moletó*. Cochabamba, Edición Oficial. Imprenta del Heraldo, 1893.

54. *El Siglo XX*, periódico cochabambino, editorializaba que constituía una exageración y una ilusión pensar en este reemplazo: “Si el oriente tiene grande importancia como elemento de riqueza, eso no podría producir la traslación de todos los departamentos del sud, del centro y del norte a esas regiones”. Cochabamba, 19 de octubre de 1895.

región cocalera de Totorá lo deseaban bajo su mando, construido por Arepucho y Montepunco⁵⁵. Ambos obviamente pretendían con esta maniobra beneficiarse del importante comercio con el Beni. Un incordio que contribuyó sin duda a demorar la construcción de esta vía, la misma que finalmente y muy penosamente se hizo respetando inicialmente la ruta de Espíritu Santo y luego el de Colomi, el Salto y Santa Isabel (Salinas 1912).

Los comerciantes cochabambinos no esperaron sin embargo que las condiciones de transporte alcanzaran su grado óptimo. De ahí que ya a principios de este siglo, pese a que había que superar una peligrosa senda para mulas y elevados costos de transporte⁵⁶, los observadores podían comentar que el tráfico entre Cochabamba y Beni lograba "*grande incremento*"⁵⁷.

En 1897 este flujo involucraba a unas 350 mulas que realizaban seis viajes anuales cada una, transportando en conjunto unas 1875 cargas de ocho arrobas cada una⁵⁸. Con el tiempo el tráfico se incrementó. En 1901 se estimó que por el Puerto de Santa Rosa ingresaron 12.200 arrobas rumbo a Trinidad, la capital beniana. Un año más tarde el volumen se había incrementado en 2.223. En 1910, el Puerto de Todos Santos, que sustituyó poco antes al de

Santa Rosa, registró 17.784 cargas y 65.408 el año siguiente. De Cochabamba se enviaban principalmente harina de trigo, papas, licores y sal en molde, probablemente traídas desde los salares potosinos. Del Beni "*retornaban*" sobre todo cueros de vaca y goma, estos últimos con destino al Puerto de Antofagasta. Si al principio el volumen de carga se equiparaba al que salía de Cochabamba, en los años posteriores se tornó sensiblemente menor. Así, mientras en 1901 se contabilizaron 9488 arrobas, en 1910 ascendían a 4.744 y a 3.984 en 1911⁵⁹.

La nueva vinculación regional, nunca antes conocida en esa escala, produjo varias consecuencias. El sistemático flujo comercial que recorría su seno, junto a la expectativa acumulada en siglo y medio⁶⁰ en diversos sectores locales respecto a la potencialidad de los bosques y llanuras del Chimoré, como ahora se designaba al hábitat Yuracaré, atrajo la atención de los grandes inversionistas. Esta actitud puede evidenciarse por el llamativo hecho de que en 1911, cuando el comercio hacia el Beni llegaba a su punto más alto, el propio "rey" del estaño, Simón Patiño, propuso la construcción de un ferrocarril hasta el río Chimoré a cambio de un privilegio de 25 años, concesiones de tierras y una subvención anual de diez mil libras esterlinas para

55. En 1907, por ejemplo, tras conocerse el informe del Ingeniero Alberto Cornejo, comisionado por el gobierno, que desechara la ruta de Arepucho y Montepunco, un semanario totoreño, sostenía apesadumbrado que: "Mientras nosotros filosofábamos sobre las ventajas ó desventajas del camino por Montepunco, el problema ya estaba resuelto con anterioridad. Las provincias de Chapare y Punata, habían puesto en actividad sus energías y todos los elementos de que disponían, juntamente con Cochabamba". *El Industrial* (Totorá), 30 de mayo de 1907.

56. En 1900 el flete de carga de mula de Cochabamba a Oruro (41 leguas) era de 4.80 bolivianos, en cambio al Puerto de Santa Rosa fluctuaba entre 15 a 18 bolivianos, pese a que la distancia era menor. *El Heraldo* (Cochabamba), 10 de agosto de 1899.

57. *La Patria* (Cochabamba), 21 de junio de 1906.

58. *El Heraldo* (Cochabamba), 5 de septiembre de 1897.

59. *El Heraldo* (Cochabamba), 6 de mayo de 1902, 13 de febrero de 1903 y *El Ferrocarril* (Cochabamba), 29 de mayo de 1915.

60. Desde 1768 cuando se "descubrieron" los Yuracarés.

su mantenimiento⁶¹. El plan del magnate minero sobrepasaba la mera necesidad de dar un escape a los productos de Cochabamba. Incluía además, en una proyección mayor, un amplio programa de colonización y una conexión, de alcances geopolíticos, “*libre y segura*” de los centros fluviales bolivianos con el Amazonas y, de allí, con Europa⁶². La resistencia de algunos sectores locales, que miraban con recelo la entrega de tierras, y los malos cálculos de Patiño al escoger una zona inapropiada para su efectivización, echaron por tierra esta posibilidad.

Lamentablemente, el atractivo de los mercados vinculados al ciclo cauchífero empezó a desvanecerse a medida que cambiaban las condiciones de comercialización en los territorios gomeros gracias al ferrocarril Madera-Mamoré (1910-14) -tendido en territorio brasileño. Esta nueva vía, a la cual precisamente Patiño había previsto competir, permitió que mercancías brasileñas y europeas se introdujeran ventajosamente en las zonas productoras de caucho⁶³. A esta condición, ya de por sí desfavorable, vino a sumarse el *crack* de la producción gomera entre 1912 y 1914 motivado por el intempestivo ingreso al mercado mundial de goma cultivada por capitales ingleses

en el Asia. La conjunción de factores desfavorables precipitó una sentida crisis que azotó la producción boliviana obligando a las “barracas” a despedir a miles de *siringeros*, reduciendo consecuentemente la demanda. El Puerto de Santa Rosa empezó a despoblarse acusando los efectos del poco movimiento comercial y el fracaso de las políticas de colonización⁶⁴.

Las cifras del comercio cochabambino hacia el Beni desnudan esta inflexión desfavorable. Acusando todo el impacto del ingreso de productos extranjeros por la vía del Mamoré, se registró una sustantiva disminución de los envíos desde Cochabamba precisamente a partir de 1912⁶⁵. Ese año se contabilizaron 37.888 arrobas, un 42% menos que el precedente. Entre 1913 y 1914 el volumen volvió a caer, esta vez a 22.536 y 20.596 cargas respectivamente. En 1916 se registró empero un ligero incremento a 24.400 arrobas, sin alcanzar con todo el nivel de principios de la década⁶⁶. Dos años más tarde un bien situado informante que escribía desde el puerto pluvial de Todos Santos, advirtió sentido que el tráfico con el Beni se encontraba “*muy retardado y deprimido por la crisis*

61. *El Ferrocarril* (Cochabamba), 1 de julio de 1911.

62. *Propuesta presentada al Supremo Gobierno por el Ciudadano Simón I. Patiño*. Cochabamba, Imprenta Universo, 1991. Más detalles en Geddes, Charles F s.s.: 151-171.

63. “La locomotora que pitea en la banda derecha del Mamoré, avisa a los habitantes del Beni, que surge un nuevo horizonte, que los productos que antes se le ofrecían, trasladados desde Santa Cruz, La Paz y Cochabamba, le serán proporcionados no solo de Matogrosso y Amazonas, sino del Africa y Europa en tiempo corto y a precios menores”. *El Ferrocarril* (Cochabamba), 20 de febrero de 1912. Más información en Fifer (1991).

64. *El Ferrocarril* (Cochabamba), 9 de agosto de 1913.

65. *El Ferrocarril* (Cochabamba) en su edición del 19 de septiembre de 1912 informaba que a consecuencia del “despueble”, los artículos de Santa Cruz y Cochabamba dejaban de ser solicitados, acotando que el quebranto llegaba incluso a las mercancías extranjeras.

66. *El Ferrocarril* (Cochabamba), 5 de febrero de 1918. El año 1918 está estimado sobre el promedio del primer semestre.

gomera"⁶⁷. Pese al mercado opacado, lleno de claro oscuros y los territorios de difícil acceso, todavía perduraba la atención por esta vía, aunque en una escala menor que en los años previos. Como veremos a continuación los cochabambinos engolo-sinados por la perspectiva de llenar los mercados altiplánicos merced al ferrocarril que, tras largos esfuerzos, los enhebraría desde 1917 con Oruro, no dejaron de sentir que prolongar sus brazos de tráfico hasta el Beni les proporcionaría mayor estabilidad tanto económica como geopolítica. La prueba es que, pese a perder la primera escaramuza, Patiño insistiría todavía, entre 1919-20, con su propuesta de impulsar el desarrollo industrial y agrícola de la región, fundando puertos sobre los ríos Chapare y Chimoré, apoyando su colonización y vinculándola con la capital departamental mediante un camino carretero⁶⁸. Nuevamente, en medio de elevadas suspicacias, se rechazó su oferta⁶⁹.

MISIONEROS Y COLONIZADORES EN LOS ALBORES DE SIGLO

Bajo el telón de fondo precedentemente descrito, la región cobró vida como el lugar de tránsito más expedito y rápido hacia los territorios de las ex misiones de Mojos. Mas ello no constituyó toda la tarea que las élites cochabambinas pensaban otorgarles a esos territorios. Resultaba para ellas un verdadero contrasentido abandonar aquellas tierras,

finalmente tan cercanas, de tan difícil acceso, como feraces y promisorias. En cierto sentido Francisco de Viedma, poco más de un siglo atrás, había ya diseñado otra meta para ellas, que parecía conservar en la memoria local toda su validez, pese al tiempo transcurrido.

De ahí que, siguiendo el legado del Intendente, paralelamente al sostenido empuje por aprovechar las ventajas del mercado beniano para revitalizar la economía local, volvieron a emprenderse labores dirigidas a implantar misiones religiosas entre los "neófitos", y nunca "reducidos", Yuracarés. A este esfuerzo, aunque un poco más tarde, se sumaron las políticas estatales tratando de asentar pequeños contingentes de colonizadores, generalmente de extracción artesanal, en las proximidades de las rutas comerciales.

Por los menos dos razones estaban en el transfondo de esta iniciativa. Por una parte, el comercio y las potenciales labores agrícolas estaban destinadas a confrontar graves problemas si no contaban con el concurso de una dócil mano de obra Yuracaré, única que parecía "*naturalmente habilitada para desenvolverse en aquellos torridos bosques y manejar certeramente canoas en los recodos de los ríos del Chimoré*". Por otra, con las colonias se esperaba disminuir el flujo humano de cochabambinos que regularmente se trasladaban hacia las salitreras del Pacífico, principalmente las ubicadas en inmediaciones del puerto de Iquique⁷⁰. A sus ojos parecía incomprensible que decenas de cochabambinos/as abandonaran la región, cuando presumiblemente tenían a pocos pasos toda clase de

67. *El Heraldo* (Cochabamba), 21 de mayo de 1918.

68. Los detalles de la "Propuesta Patiño" pueden consultarse en *Industria y Comercio*, Cochabamba, 1928, No. 198.

69. Ellas nacieron de distintos sectores, entre ellos estudiantes y obreros. Estos últimos condenaron la propuesta porque veían en ella la extensión del poderío de Patiño y el capital norteamericano, "amenazando convertir a nuestro país en un protectorado yanqui". *El Republicano* (Cochabamba), 27 de agosto de 1927.

70. Sobre este proceso ver el magnífico libro de Sergio González (1991).

potenciales venturas agrícolas y mercantiles. O al menos así lo consideraban sus mentores.

Correspondió a los franciscanos del Convento de Tarata, en el valle alto cochabambino, de donde también habían partido los predicadores de la misma orden al filo de la centuria pasada, dar el paso inicial y el más firme. Una entrada preliminar “*para indagar la voluntad de los indios Yuracarés*”, habíase realizado a mediados del año de 1904 por dos franciscanos contando con el soporte financiero del Gobierno equivalente a mil bolivianos.

Los misioneros creyeron ser bien recibidos, pues:

*Les manifestamos el objeto de nuestra venida y les preguntamos si estarían dispuestos a vivir bajo la tutela de los misioneros, a lo cual los Yuracarés manifestaron que es lo que más desean puesto que ya están cansados de las vejaciones y malos tratos de los blancos del Chapare. Por no tener un patrón que vele por ellos tienen que ir por agrado o la fuerza a Trinidad tripulando embarcaciones.*⁷¹

¿Cómo explicar este vuelco de actitud Yuracaré, esta necesidad imperiosa de cobijarse bajo el manto eclesial? Es altamente probable que la razón se encuentre en el avance sistemático de sectores criollos y del propio Estado boliviano en su habitat. El auge de la goma anteriormente mencionado vivificó el tránsito en estos territorios e incrementó las facilidades del comercio, patrocinado por comerciantes mestizos cochabambinos denominados **najcheros**. Los Yuracarés ávidos de hierro, tal como había detectado el francés D’Orbigny siete décadas

atrás, lo intercambian por sus cotizados peines, plumas exóticas, loros y otras especies tropicales⁷². El Puerto de Santa Rosa, estratégicamente ubicado en la “ruta de la goma”, por otra parte, se convierte en nudo del transporte pluvial que recluta fuerza de trabajo indígena para atender las embarcaciones. En sus cercanías se instalan haciendas ganaderas, cacaos y cacaotales que también la demandan. Incluso los caucheros, apoyados por los habitantes del puerto, llegan a incursionar en territorio Yuracaré capturándolos y trasladándolos por la fuerza a las barracas de siringa. En 1891, por ejemplo, el corregidor de Santa Rosa, Juan Nuñez, y el prefecto (gobernador) de Beni rubricaron un acuerdo por el cual el primero se comprometía a entregar en calidad de “enganchados” treinta Yuracarés cada seis meses con destino a las estradas gomeras (Pinto Parada 1981: 59).

Sacudidos por los efectos del contacto que ataca esta vez desde múltiples flancos, debilitando sus estructuras demográficas y políticas incluso con mayor virulencia que a fines del siglo XVIII cuando los conversores franciscanos incursionaron sin mayor éxito en el bosque húmedo, prende el temor entre los Yuracarés. Muestra vívida del valor que otorgan a esta amenaza que se acrecienta a medida que el tráfico mercantil beniano-cochabambino trepa en cifras, se observa en 1904 cuando el etnólogo nórdico Erland Nordenskjöld, navega el río Chapare.

Sus notas ilustran que:

*Sólo las mujeres y niños están en casa, los hombres escaparon al bosque a nuestra llegada. Temían ser apresados por los blancos para el servicio de remo*⁷³.

71. Pierini, Francisco: Yuracarés. La actual misión de San Antonio. *Crónica Guaraya* 60: 671. Yotaú, 1904.

72. Una descripción de estas prácticas en Mendoza, Simón y Rigoberto 1893: 25-35.

73. “Indianer und Weisse”, 1922: 35. Fotocopia disponible en la Biblioteca Etnológica de la UCB. Cochabamba.

Los Yuracarés al parecer ya no eran capaces de producir sus propios mecanismos de resistencia con la eficacia pasada ni organizar sus relaciones con la sociedad nacional en sus propios términos, debiendo recurrir a un inter-mediario religioso que ofrezca un paraguas para cubrirlos de la amenaza criolla⁷⁴.

En este contexto, se organizó ese mismo año la misión de San Antonio de Padua ubicada inicialmente en la margen derecha del río Mamoré y luego en el de La Jota⁷⁵ con la finalidad de transformar a los Yuracarés en “buenos cristianos y útiles ciudadanos” capaces de sentar las bases de una colonia de “nacionales” (sic) y dar vida a la actividad pluvial⁷⁶, aunque solo para fines de 1909 se pudo proceder a su “*definitiva organización*”, tras obligar a los renuentes propietarios del puerto de Santa Rosa a entregar al afán misionero, una parte de los “*indios que vivían sirviéndoles*”. Situación que da cuenta, por otra parte, del cambio del status Yuracaré y la pérdida paulatina de su celosa independencia.

Cuatro años más tarde, en diciembre de 1913, un censo registraba 193 habitantes, y otro 275 almas en 1914 y 235 en 1915. En 1916 se decidió su traslado a orillas del río Chapare. Situada hasta entonces en lo recóndito del bosque y lejos del río -imprescindible vínculo alimenticio, comunicacional y laboral de la región- la misión se encontraba “*inaccesible a todos*”. El nuevo emplazamiento se hizo en las cercanías del puerto de Todos Santos tomado en cuenta la conveniencia de favorecer

con la fuerza de trabajo indígena el tráfico comercial⁷⁷, el que pese a haber decaído, mantenía su importancia. Sin embargo, al tomar esta decisión cediendo a las presiones gubernamentales y comerciales, los sacerdotes exponían a los Yuracarés a las fricciones con segmentos de la población boliviana; situación que precisamente se habían comprometido a evitar cuando fundaron la misión en 1904⁷⁸.

Contactos que se tornaban en vehículo de gradual aculturación. José Salmón (1928:90), por ejemplo, un explorador que recorrió la región por esos años describió de esta manera los lazos de complicidad entre los vistantes criollos y los perfiles de decadencia indígena:

“(...) comprendemos una mirada de inteligencia entre el Jefe de la Tribu y el Comandante de la lancha (...) los seguimos en sus movimientos y poco después mientras el fraile conversa con los viajeros, cuatro o cinco Yuracarés rodean al comandante quién les proporciona alcohol, del que beben (...), incluso un niño de diez años, quién haciendo esfuerzos y muecas acaba por concluir.”

Borrachera distinta a la ritual que se sustentaba antiguamente en la recolección sagrada del tembé y que parece ahora traslucir más bien la búsqueda de un refugio, de una zona de escape para la desesperanza, que sustituye malamente al imposible retorno a la libertad de los bosques⁷⁹.

74. Paz, Sarela, Suaznabar, Berta y Ana Garnica. op. cit. p. 56.

75. Cerca de donde está actualmente Villa Tunari.

76. “Informe sobre la misión de Yuracarés y Guarayos”, 1909. La Paz. *Hoy* (Colección de Folletos Bolivianos) II (10).

77. *Crónica Guaraya* 67:597-603. Yotaú, 1918.

78. Erick Langer (1991) permite una comparación de los vínculos laborales entre indígenas “misionales” y hacendados en el Chaco boliviano.

79. Los colonizadores frecuentemente pagaban cada fin de semana a los Yuracarés por su trabajo en “trago”. Letelier 1954: 83-86.

Quizá situaciones como estas que se repetirían innumerables veces ayuden a explicar por qué a fines de 1917, los “neófitos” pretextando una epidemia de viruela, a la que por otro lado temían enormemente, se internaron en el bosque - sempiterno lugar de refugio- pese a que el misionero los hizo precautoriamente vacunar. De las 250 familias previamente existentes persistieron únicamente 15⁸⁰. Pasado el susto, en 1918 se reportaron 142 personas, unas cincuenta menos que un quin-querio atrás⁸¹. Kirtley F. Marther (1922:42-56), de la Universidad de Denison (USA), que visitó la misión en agosto de 1920 observó a su vez a unas 50 familias que cultivaban caña de azúcar, chocolate, tabaco, arroz, yuca y papa en los 50 a 60 acres que habilitaron, tras limpiar el bosque. Al parecer la misión continuó prestando servicios hasta 1930.

Por esos mismos años el Estado puso su concurso, precario en términos financieros e infraestructurales, pero señal de su afán de consolidar esas promisorias y abandonadas tierras para la “civilización” (sic), el comercio y la agricultura. Ya en el siglo XIX había impulsado frustradas experiencias de colonización como la encargada al coronel Julián Sevilla en 1884⁸². También una década más tarde el coronel Lisandro Peñarrieta recorrió la cuenca comprendida entre los ríos San Mateo, Chapare y Chimoré, con la finalidad de hallar un lugar propicio para una

colonia militar (Urquidí 1936:85), la misma que finalmente no se materializó. Ya en el siglo

XX, el 16 de julio de 1912, fundóse la colonia “El Carmen”, a una escasa legua de la Misión de San Antonio para cuyo establecimiento los Yuracarés desbrozaron (“chaqueron”) el bosque. Aunque tres años más tarde ella languidecía por falta de recursos y mercados para el intercambio de sus productos, mostraría las potencialidades de usos de la fuerza de trabajo indígena⁸³.

Por decreto del 2 de octubre de 1920 quedó a su vez conformada la “Primera Colonia Nacional”, asentada en la margen izquierda del río Chapare en el puerto de Santa Rosa (Todos Santos), bajo la responsabilidad del “Regimiento de Zapadores Padilla”⁸⁴. Comandados por Federico Román⁸⁵, los Zapadores nacieron en enero de 1920 al amparo del decreto del 25 de diciembre de 1919, para atender el nunca concluido proyecto de vialidad entre Cochabamba, Chapare y Beni.

La presencia militar reforzó el papel del estado boliviano en el “control” de los Yuracarés. En 1920 la Junta Militar que circunstancialmente gobierna Bolivia instruyó, tratando de vincular a los Yuracarés a las necesidades civilizatorias, que:

*Todos los Yuracarés que viven en la selva de la misma región y del mismo nombre deberán formar núcleos de población sobre el camino que el regimiento “Zapadores” abre de Moxos a Cochabamba.*⁸⁶

80. Pesciotti, Bernardo. “Oficial”. *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia* 111: 64. Tarata, 1918.

81. *Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia* 125: 300. Tarata, mayo de 1919.

82. *El Heraldo* (Cochabamba), 20 de junio de 1885.

83. *El Cronista* (Totorá), 17 de noviembre de 1915.

84. Una copia del decreto en “La Ruta al Norte”. Reproducción de “Razones en pro del trazo del norte y nuevas consideraciones”. La Paz, Imprenta Municipal, 1923: 54-61. Su autor fue el Coronel Román, escribiendo bajo el seudónimo de Doctor Rusby.

85. Pinto Parada, Rodolfo (1978) para una biografía novelada y bien documentada de los propósitos de Román.

86. Pinto Parada 1978: 56.

En el primer año de actividad, la colonia militar recibió unos doscientos colonos y en el segundo llegaron unos mil. Se entregaron parcelas de 20 hectáreas a cada uno y los Zapadores les proporcionaron semillas y alimentos mientras esperaban sus primeras cosechas. En 1925 se calculó la población de la colonia en dos mil quinientos habitantes⁸⁷.

Aunque el recientemente fundado Lloyd Aéreo Boliviano (LAB) acuatizaba desde el 30 de octubre de 1926 con sus hidroaviones Junker en las proximidades de Todos Santos y se tendió una línea telegráfica hasta la ciudad de Cochabamba, la colonia continuaba prácticamente aislada del resto del departamento. Un fuerte contratiempo para su expansión y estabilidad constituyó la negativa gubernamental de dirigir el ferrocarril que pensaba construir hasta Santa Cruz, haciéndolo pasar, tal como demandaba Federico Roman y los notables de la Provincia Chapare, por Todos Santos. Apoyándose en los argumentos técnicos del informe del ingeniero alemán Hans Grether y cediendo a las presiones de los intereses comerciales y agrícolas de las provincias del centro de Cochabamba (Tarata, Cliza, Arani) y de las cruceñas como Sara se decidió finalmente por la ruta que transitaba precisamente esos lugares (Paravicini 1926).

Aislados y sin mayores socorros e incentivos, los colonizadores no pudieron expandir su radio de acción ni lograron atraer a otros grupos humanos a su seno. Como prueba está que la población de Todos Santos no aumentó en número en los años posteriores e incluso disminuyó a unas mil doscientas a principio de los 30. La opción afectó igualmente a los productores de coca de Totora que ya confrontaban problemas derivados de una perniciosa plaga denominada "estalla" y de

los altos impuestos. Se dice que de este modo quedaron imposibilitados de recuperar sus mercados en el sur boliviano e incluso el norte argentino, invadidos por la competencia paceña que ofrecía el apetecido producto a menor valor, inaugurando una era de severa crisis que se prolongaría hasta que el boom cocalero de los 80 alzó precios y cultivos⁸⁸.

CONCLUSIONES

El interés por la región que hoy se conoce genéricamente como el Chapare Tropical, se inició en la séptima década del siglo XVIII, por motivos económicos, religiosos y militares. Tras un siglo y medio, hasta 1932, los resultados alcanzados fueron mas bien magros. Una sólida fuerza colonizadora no había podido asentarse, ni cuajaron decididamente los cultivos de algodón, cacao e incluso coca, aunque esta portara un mejor resultado.

Para todos los efectos la región continuaba siendo más un lugar de tránsito entre Cochabamba y Beni que un territorio de explotación consolidada por los grupos criollo-mestizos. Incluso las escasas e intermitentes actividades humanas, como las misiones y haciendas cocaleras, estaban desperdigadas junto a los peligrosos y estrechos caminos y puertos, cuyo mayor auge se extendió entre 1885 y 1915. La debilidad de esta implantación facilitó el escape de los Yuracaré del dominio completo de la sociedad nacional; aunque, es imprescindible destacarlo, la misma fragilidad de los asentamientos fue el resultado de la resistencia Yuracaré. Estos conocieron el primer ciclo de asedio civilizatorio de la mano de los franciscanos del Convento de Tarata entre 1775 y 1821, resistiéndolo exitosa-

87. *El Republicano* (Cochabamba), 24 de julio de 1925.

88. Junta de Propietarios de Yungas de Totora. *Defensa de la Industria Cocalera en Cochabamba contra los Peligros de Amenaza su Existencia*. Totora, Imprenta "El Criterio", 1925.

mente, perdurando, como lo constató el científico francés Alcides D'Orbigny en 1832, su ethos de grupo nómada. Los indígenas lograron igualmente hacer frente al segundo ciclo misional al promediar los años 50 del siglo XIX desesperando a los conversores con su escasa voluntad de aceptar sus reglamentaciones religiosas y sendentarias. Al finalizar la última década del mismo siglo, la desestructuración de las antiguas redes comerciales cochabambinas impulsó a las elites locales a buscar un sustituto de los mercados mineros en las promisorias regiones del caucho. Tal hecho circunstancial revalorizó el papel de los territorios ocupados por los Yuracarés. El Estado boliviano tomó la iniciativa de cristalizar nuevamente misiones franciscanas (1904) que cumplieran el papel de aglutinadoras de fuerza de trabajo para atender los requerimientos del tránsito comercial pluvial y sirvieran a los posibles colonizadores que, siguiendo pautas coloniales trazadas por el Intendente Francisco de Viedma a fines del siglo XVIII, se ubicarían en la húmeda región para cultivar productos tropicales que complementarían la oferta cochabambina persistentemente de valle cerealero. Este ataque de varias fuerzas-comerciantes, conversores y representantes gubernamentales- desbalanceó finalmente el equilibrio Yuracaré, introduciéndolos, aunque no de modo total, en los vericuetos de la sociedad nacional de un modo nunca antes conocido por ellos; aunque sin punto de comparación al que enfrentarían posteriormente desde la década de los 80 bajo el alero nefasto del ciclo coca-cocaína.

BIBLIOGRAFIA

Aguirre, Isidoro

1873. *Exploración del camino del río Chimoré a Totora*. Cochabamba, Imp. de la Restauración.

Blanes, José y Gonzalo Flores

1984. *¿Dónde va el Chapare?*. Cochabamba, CERES.

Bieber, León

1984. *Las Relaciones Económicas de Bolivia con Alemania, 1880-1920*. Berlin, Colloquium Verlag.

Cardus, José

1886. *Las Misiones Franciscanas entre los Infieles de Bolivia*. Barcelona, Librería de la Imaculada Concepción.

CIDRE

1989. *Monografía del Trópico. Departamento de Cochabamba*. Cochabamba.

Cortez, Claude (comp.)

1991. *Geografía Histórica*. México, Instituto Mora.

De la Fuente, José

1994. "La Fragmentaria Historia Colonial de Yuracares: Etnia y Territorio". IESE-UMSS, MS.

D'Orbigny, Alcides

1945. *Viaje a la América Meridional*. Buenos Aires, Ed. Futuro. T. IV.

Fifer, Valerie

1990. "Los Constructores de Imperios. Historia del Auge de la Goma en Bolivia y la Formación de la Casa Suarez." *Historia y Cultura* 18: 111-141. La Paz, Sociedad Boliviana de la Historia.

Gamarra, María del Pilar

1990. "Orígenes Históricos de la Goma Elástica en Bolivia: la Colonización de la Amazonia y el Primer Auge Gomero, 1870-1910." *Historia* 20: 41-73. La Paz, Carrera de Historia-UMSA.

1994. La Participación Estatal en la Industria de la Goma Elástica. Legislación Fiscal y Economía Gomera. *Data* 4: 23-76. La Paz, INDEAA.
- Geddes, Charles F.
s.f. *Patiño. Rey del Estaño*. Madrid, GRUPO S.A.
- Groff Greever, Janet
1987. *José Ballivián y el Oriente Boliviano*. La Paz, Empresa Editora Siglo.
- González, Sergio
1991. *Hombres y Mujeres de La Pampa. Tarapacá en el Ciclo del Salitre*. Iquique, TER.
- Haenke, Tadeo
1974. "Descripción Geográfica, Física e Histórica de las Montañas Habitadas por la nación de Indios Yuracarés". En: *Tadeo Haenke, su obra en los Andes y la Selva Boliviana*. Cochabamba-La Paz, Los Amigos del Libro.
- Kelm, Heinz
1966. *Constancia y Cambio Cultural entre los Yuracarés: Bolivia Oriental*. Biblioteca Etnológica, mimeo. Traducción del original en alemán.
- Krekeler, Birgit
1993. *Historia de los Chiquitanos*. Santa Cruz, APCOB.
- Langer, Erick
1991. La Misión como Factor de Desarrollo de la Economía fronteriza: el caso de las Misiones Franciscanas entre los chiriguano durante el Periodo Republicano. *Andes* 4: 11-39. Salta, CEPIHA.
- Larson, Brooke
1992. *Colonialismo y Transformación Agraria en Bolivia. Cochabamba, 1500-1900*. La Paz, CERES/HISBOL.
- Letelier, Alberto
1964. *El Amuleto del General*. Cochabamba, s.e.
- Limpías, Manuel
1942. *Los Gobernadores de Mojos*. La Paz, Tip. Salesiana.
- Meruvia, Fanor
1993. *Declinación y Clausura de los Centros de Producción de Coca en Pocona. Historia de la Encomienda y las Chacaras de Coca, 1540-1690*. Cochabamba, CEFOIN-IESE-UMSS.
- Marther, F. Kirtley
1922. La exploración en la Tierra de los Yuracarés. Bolivia Oriental. *The Geographical Review* 12: 42-56. New York.
- Metraux, Alfred
1943. "The Native Tribes of Eastern Bolivia and The Madeira Headwaters". En: *Handbook of South American Indians* 3: 73. Washington.
- Mendoza, Simón y Rigoberto
1893. *Exploración a Moletto*. Cochabamba, Imp. de "El Heraldo".
- Paz, Sarela. et al.
1989. "La religión Yuracaré y su Proceso de Transfiguración". Cochabamba, Carrera de Sociología-UMSS.
- Paz, Sarela
1991. "Hombres del Río, Hombres del Camino: Relaciones Interétnicas en las Nacientes del Río Mamore". Cochabamba, Carrera de Sociología -UMSS, Tesis de Licenciatura.
- Paravicini, José
1926. *El Ferrocarril de Cochabamba a Santa Cruz*. La Paz, Tip. Salesiana.

Pinto Rodríguez, Jorge

1993. La fuerza de la Palabra, Evangelización y Resistencia Indígena. *Revista de Indias* 199: 677-698. Madrid.

Renard-Casvits, F.M. et al.

1988. *Al Este de los Andes. Relaciones entre las Sociedades Amazónicas y Andinas entre los Siglos XV y XVII*. Quito, Abya Yala-IFEA.

Rodríguez Ostría, Gustavo

1994. *Elites, Mercado y Cuestión Regional en Bolivia (Cochabamba)*. Quito, FLACSO-Ecuador.

Saignes, Thierry

1986. "Las Sociedades de los Andes Orientales frente al Estado Republicano: el caso chiriguano". En Deler. J.P. e Y. Saint-Geours (comps.), *Estados y Naciones en los Andes*: 173-203. Lima, IEP-IFEA.

Salmón Ballivián, José

1928. *Por Tierras Calientes*. La Paz, Imp. Atenea.

Salinas, Enrique

1912. *Ferrocarril Cochabamba-Chimoré*. La Paz, s.e.

Santamaría, Daniel

1987. La Economía de las Misiones de Moxos y Chiquitos (1765-1810). *Ibero-America-nisches Archiv*. N.F. Jg 13. H.2: 255-295.

Urquidi, Guillermo

1936. *Tierras del Secure. Tesoros Nacionales Desconocidos*. Cochabamba.

Viedma, Francisco de

[1788] 1969. *Descripción Geográfica y Estadística de la Provincia de Santa Cruz de la Sierra*. Cochabamba-La Paz, Los Amigos del Libro.

Von Holten, Germán

1890. *Viaje de Cochabamba a el Chapare y Chimoré en mayo y junio de 1876*. Publicación de la Sociedad Geográfica de Cochabamba. Cochabamba, Imprenta del "El Heraldo".

CO
19
na
tic
Se
p.

En
co
ci
al
sin
es
ar
lit
or
re
H
qu
gí
en

La
m
pr
qu
tó
ex
ex
y

*